

de Clemencia. El padre Matías, al que seguía el fiel Palomo, iba igualmente á abandonar el jardín, cuando sintió que una mano helada se apoyaba en la suya y que una voz débil pronunciaba estas palabras:

—¡Padre, padre! ¡Venga usted en mi socorro, porque me siento morir!

El religioso se volvió con espanto: había conocido la voz de Avelina. Ésta se asió á él con el mortal desfallecimiento del náufrago: el padre Matías la sostuvo, y, á una débil seña de la joven, volvió á entrar con ella en el jardín.

XVI

Hallábanse solos en el humilde huertecillo de Petronila el anciano y la joven.

La tarde acababa.

La luna aparecía en el cielo, como la bella y silenciosa soberana de la noche.

Cada pajarillo había buscado su lecho en la rama de un árbol, y ya callaban todos entregados al sueño; sólo el ruiseñor entonaba su himno á la noche; las ranas dejaban oír su monótono ronquido en el vecino arroyo, y las cigarras su eterno canto entre las hojas de los mismos árboles donde las aves reposaban.

—¿Qué te sucede, hija mía?—preguntó el padre Matías sentándose sobre una piedra y haciendo sentar á Avelina á su lado.—¡Qué pálida estás! ¡Jamás te he visto así!

—¡Padre, se va..., se va! ¡Me abandona!—exclamó la pobre niña, cuya mirada estaba apagada y triste;— ¡y además me ha ultrajado..., me ha dirigido palabras insultantes!... ¡Ah! ¿Por qué ha venido aquí? ¡Era yo tan dichosa y vivía tan tranquila!

Detúvose Avelina para dar paso á los sollozos que la ahogaban; pero aquella explosión alivió su

pecho, que se desgarraba con el peso horrible de su dolor.

El religioso la dejó llorar, y ella misma volvió á tomar la palabra con mayor calma cuando hubo dejado correr su llanto durante algunos instantes.

—Padre mío—prosiguió,—yo amaba á Carlos Montereal, porque creí sus palabras llenas de pasión, y también porque es el hombre más superior de los que he visto en mi vida; pero después he conocido que sólo sentía por mí un capricho pasajero, y que se proponía únicamente seducirme con promesas que jamás debía cumplir... Indignada, le he dicho que no llegaría á mí más que por el camino recto, y al oírme, me ha calificado de ambiciosa, diciéndome que le vendía amor con el ruin objeto de conquistarle para marido... Después de estas palabras... se ha ido: todo ha terminado entre nosotros... Pero yo, padre mío, me siento morir de dolor... Veo brotar, además, en mi corazón el soplo ardiente del odio...; porque, según me ha dicho Clemencia, hubo un tiempo en que él me amó sinceramente porque me parecía á otra joven que murió y á la que dedicó una pasión profunda; y me hubiera amado siempre, á no ser por la influencia de mi prima.

—¿Qué tiene que ver la pobre Irene en las borrascosas pasiones del alma de Carlos?—dijo sorprendido el padre Matías.—Cálmate, hija mía: el dolor te hace injusta.

—¡Injusta!—repitió Avelina;—¡no, no, señor! El dolor enseña más que largos años de vida, y da una intuición que ninguna otra cosa puede dar. Padre, yo he comprendido que el alma de Carlos estaba luchando entre dos elementos contrarios: yo le atraía hacia el bien, Irene hacia el mal; yo oponía á sus palabras atrevidas el rubor de mi frente y las lágrimas de mis ojos, ella la sonrisa y los halagos: ¡ella ha vencido, y yo moriré!

—Hija—respondió el padre Matías,—si ella ha vencido, no le envidies su victoria, porque es muy triste. Tú no has caído; lejos de eso, te levantas triunfante sobre las miserias de la vida; no te pese de lo que has hecho, porque ha sido celebrado en el cielo con himnos de gozo.

—No me arrepiento de ello, padre mío—dijo Avelina, cuya voz iba perdiendo su sorda agitación y era ya dulce como siempre, si bien profundamente triste.—Semejante á la violeta, que así que se arranca de su modesto lecho de verdura se marchita y muere al solo contacto de la luz, yo hubiera muerto al contacto de un amor impuro, y prefiero morir llevando ante Dios mi virginal corona. Pero, ¡oh, padre mío!; hay en mi corazón tanto dolor y tanta amargura hacia Irene, que necesito que la religión derrame su bálsamo consolador sobre las heridas de la miserable vanidad de la mujer.

—Ya has hablado dos veces de morir, Avelina

—dijo con gravedad el padre Matías;— no te dejes llevar de ideas exaltadas, pobre niña: la muerte es una cosa tan augusta, que no se debe profanar hablando de ella sin respeto y como de un asunto indiferente; piensa más bien en la vida y en el amor; piensa en que puedes ser la esposa de un hombre honrado y la madre feliz de hermosos hijos.

—¡Jamás!—respondió la joven meciendo la cabeza.—Padre mío, nadie como yo ha conocido lo que vale ese hombre, á quien las pasiones extravían y llevan al precipicio la ceguedad de una madre y los malos ejemplos que ha tenido durante toda su vida. Yo hago más que amarle: le compadezco, y siento con todo mi corazón no poder salvar su alma y su inteligencia.

—Y bien: ¿crees acaso que ese dolor ha de abreviar tu vida? No, hija mía. Dios y su santa Madre vendrán en tu ayuda, y quién sabe si ese hombre, cansado de sufrir desengaños, volverá algún día á este rincón del mundo? Ora y espera, apoyada en tu virtud y en la misericordia del Altísimo.

Avelina alzó al azulado cielo una mirada de suprema resignación, y en sus ojos brilló la alegre esperanza del alma cristiana.

—Si Dios quiere que siga aquí como he vivido, sola y sin amores, hágase su santa voluntad—dijo;—la pobre y humilde florecilla que brota á orilla del arroyo es también feliz mirándose en

el cristal del agua, y no carece de un soplo de brisa y un rayo de sol.

—Aquí estoy yo para sostener tu valor—repuso el padre Matías:—te queda un padre en mí, el cariño de tu hermano, la amistad de Clemencia, la caridad, la oración, y la hermosa vista de la Naturaleza. No te llames desdichada, hija mía, en tanto que puedas decir al acostarte: «He cumplido con mi deber».

El religioso salió del jardinillo llevando de la mano á la joven, en cuya alma herida había vertido el bálsamo de la resignación.

Avelina y Esteban acompañaron á Clemencia á su casa, retirándose después el hermano hablando á la hermana de sus proyectos de felicidad para el porvenir, y ésta oyéndole con triste, pero dulce sonrisa.

XVII

Á la mañana siguiente y á la hora del desayuno, se echó de menos á Irene, que había desaparecido de la casa.

Sus primos salieron á buscarla por todo el pueblo: unos labradores les dijeron que la habían visto, cuando iban al campo, subir á un carruaje, que esperaba á espaldas del palacio, con uno de los señores que habían ido á cazar por aquel sitio.

Los dos hermanos regresaron á su casa tristes y cabizbajos.

Avelina llevaba el corazón lleno de melancolía, y sentía hacia su prima, no ya odio ni rencor, sino una conmiseración profunda.

El corazón de Esteban se hallaba lleno de una violenta cólera.

Ni uno ni otro pronunciaban una sola palabra. Al llegar cerca de su casa, la camarera de Clemencia les alcanzó y entregó á Esteban una carta.

—¿Puede usted decirme cuál de los caballeros que había en su casa de usted se ha marchado esta mañana?—preguntó Avelina á la camarera, en tanto que su hermano se enteraba de la carta.

—El señor marqués—respondió la muchacha.

—¿Y sabe usted adónde va?

—Según oí decir anoche á su ayuda de cámara, señorita, va á París, adonde irá á reunírsele pronto el señor de Montreal.

—Yo enviaré la respuesta—dijo Esteban despidiendo á la camarera. Y acercándose á su hermana, con el rostro lleno de alegría, añadió:

—Escucha lo que me escribe Clemencia, hermana mía; ó más bien, toma la carta y subamos á casa.

Avelina tomó el billete, y ambos entraron en su casa. La joven leyó entonces su contenido, que estaba escrito con la inseguridad que comunica á la mano una gran alegría, y en los siguientes términos:

«Mi tutora, querido Esteban, consiente en que me quede aquí en compañía del padre Matías, á quien llama el *cura simple*: en compañía, pues, de este *sublime simple* esperaré el poco tiempo que me falta para llegar á mi mayor edad, y él nos unirá ante el altar.

«Mañana salen para Madrid mi tutora y su hijo. Tu prima, acompañada del marqués, va á París, adonde irá á reunírseles Carlos así que haya dejado á su madre instalada en Madrid. ¡Pobre muchacha! La compadezco, porque su destino será muy triste: el de ser juguete de todos estos hombres sin corazón.

«Di á Avelina que no se desconsuele por la traición que le hace ese loco que iba á ser mi es-

poso, indigno de mí y mucho más de ella; asegúrale que encontrará un esposo más acreedor á su cariño en el gran mundo, adonde nosotros la llevaremos el invierno que viene; porque ahora ya tengo experiencia para escoger; entre tanto, la consolaré nuestro amor.»

«Adiós. Mañana por la tarde vendrá ya nuestro padre Matías á vivir á mi lado. Tuya de corazón

CLEMENCIA.»

Avelina dejó caer su carta sobre sus rodillas, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

—¡Qué!; ¡tanto le amabas tú! ¡Y te abandonal—exclamó Esteban.—Pero, ¿por qué te afliges? Yo iré á pedirle cuentas de su conducta y á castigar su infamia.

Esteban, al decir estas palabras, tomó su sombrero y se lanzó hacia la puerta; pero su hermana le detuvo por el brazo.

—Déjale—dijo;—nada me debe, porque no le he concedido más que algunos minutos de atención y el primer afecto que mi corazón ha sentido: éste ha sido mal comprendido; pero ¿quién en este mundo no llora decepciones? Mi conciencia está limpia de toda mancha, y esta felicidad, la mayor de todas, nadie ni nada puede arrebatármela. Desde aquí, desde este balcón donde le vi llegar, le veré partir, y mi corazón le dará un triste adiós, pero conservará la tranquilidad de la conciencia.

En efecto, á la mañana siguiente, desde que el alba envió al mundo la primera luz, Avelina se hallaba en el balcón de la salita que había ocupado su tía, y se apoyaba en el antepecho mirando tristemente el parque del palacio, que se descubría con toda claridad.

Á eso de las ocho salió el carruaje de camino que había traído á la señora de Montereal, á su hijo y á Clemencia: ésta se hallaba á la puerta del parque.

Poco tardaron en bajar la madre y el hijo, seguidos de los tres amigos de Carlos que debían partir con ellos.

La viuda del banquero dió fríamente la mano á su pupila; y entretanto Carlos se volvió, y, como cediendo á un movimiento involuntario, dirigió una larga y triste mirada á los balcones de la humilde casita de Avelina.

Ésta se apercibió de aquella mirada y se hizo hacia atrás cubriéndose el semblante con ambas manos y dejando pasar por entre sus dedos un raudal de lágrimas.

La imaginación de Carlos iba á Madrid, á París, á los grandes centros de la civilización y de la corrupción humana; pero algo se quedaba detrás de él; algo más noble que las pasiones de la tierra; algo más grande, más alto, que reside en el alma y que pone en ella la soberana mano de Dios.

Era la aspiración hacia el bien, hacia la religión, hacia el amor, hacia el deber.

—¡Él volverá!—dijo detrás de Avelina una voz grave y sonora: —¡lo he leído en la expresión de su miradal ¡Consuélate, Avelina, y espera! ¡Él volverá!

La joven vió á su lado al padre Matias.

La rica viuda, su hija y uno de sus amigos subieron al carruaje; los otros dos jóvenes se acomodaron en una silla de postas que les esperaba, y bien pronto se perdieron todos entre una nube de polvo.

XVIII

Tres años después de estos sucesos, una joven hermosa, con una belleza deslumbrante, pero común y algo fría, llegó á Egea de los Caballeros en un carruaje particular.

Pasó por delante del palacio de Montereal y preguntó al portero que se hallaba sentado al lado de la verja del parque tomando el fresco de la tarde:

—¿Están aquí los señores?

El conserje miró á la hermosa dama y luego al carruaje de que se había apeado, y conociendo que era persona de posición, se levantó, se quitó su gorra galoneada, y contestó con acento de profundo respeto:

—Señora, el poseedor actual es don Carlos de Montereal, que hace tres años se marchó con su señora madre y no ha vuelto.

—Lo sé—respondió la dama, quien aunque no pasaba de los veinte años, aparentaba algunos más á causa de los estragos que el arrebol había hecho en su tez;—lo sé. Pero cuando él se marchó con su madre, creo que quedó aquí la señorita Clemencia de F..., una joven que debía haberse casado con el señor de Montereal.

—Y que se casó cinco meses después con don Esteban de H..., joven del país, bastante pobre. Esos señores viven en su castillo, ó en Madrid. Ahora están aquí. ¿Ve usted aquel edificio tan hermoso con sus torrecillas al pie de aquella colina? Allí viven, y por cierto que son la providencia del país; son tan buenos y caritativos, que ahora no hay pobres aquí. Ya tienen un niño y una niña que da gozo mirarlos.

La joven desconocida miró el edificio que le señalaban, y que, en efecto, era magnífico: tenía el aspecto de uno de esos encantadores castillos modernos que reúnen á la severa arquitectura de una época remota todos los atractivos de los mayores adelantos.

—¿Y podría usted darme noticias de una señorita que es hermana de don Esteban y que vivía antes en la entrada de esa calle que se ve desde aquí?—volvió á preguntar la joven.

—¿De la señorita Avelina?

—Justamente.

—Allí vive todavía.

—¿Sola?

—No, señora: con un sacerdote viejecito llamado el padre Matías, y con una vieja regañona que le sirve de criada.

—Yo pensé que vivía con su hermano—murmuró la joven.—Ella era pobre...

—¡Y lo es! Y, sin embargo, vive sólo con lo poquito que tiene; y dicen que todo lo que le dan

su hermano y su cuñada—que la quiere con alma y vida—lo entrega ella á los pobres, no del pueblo, que de esos cuidan sus hermanos, sino de las aldeas inmediatas. ¡Ah, señora!; la señorita Avelina es un ángel.

—Gracias por los informes de usted, buen hombre—dijo la viajera poniendo en la mano del conserje una moneda de oro.

Y subiendo de nuevo al coche, dijo al conductor algunas palabras á media voz, y se alejó del palacio.

El conserje siguió el carruaje con la vista y observó que se detuvo en la puerta de la modesta casita habitada por Avelina.

La joven desconocida bajó del coche y entró en el portal terroso y estrecho que estaba barrriendo la tía Homobona: ésta, interrumpida en su faena, se volvió con muy mal humor y preguntó á la recién llegada:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿No me conoce usted, tía Homobona?—dijo la joven.

La interpelada miró con desconfianza el rico traje de la que le hablaba, y respondió:

—No, señora; no recuerdo haberla visto en toda mi vida.

—¿No se acuerda usted de Irene?

La anciana se aproximó algo más á su interlocutora, y después de un escrupuloso reconocimiento, respondió:

—Sí, veo que tiene usted el pelo rojo como aquella buena pieza. Si es usted ella, lo siento.

—¿Siente usted verme?

—Á mí, tanto me da; pero siento el mal rato que va á llevar la señorita cuando usted se vaya, porque á pesar de las picardías de usted, nunca ha dejado de quererla, y la nombra muchas veces.

—Mi prima podrá quererme, tía Homobona— dijo Irene;—pero usted no da muestras de haberme guardado un gran afecto.

—¿Qué quiere usted? Yo soy así: el pan, pan; y el vino, vino. Usted no hizo más que darnos malos ratos, mientras vivió su tía, con su genio holgazán y abandonado, y después, que murmurar á todo el pueblo con su escandaloso viaje. Ahora vendrá usted otra vez á levantarnos de cascos y á alborotarnos la casa.

—¿De modo que usted desearía que no hubiese vuelto?

—Ni que se hubiera acordado en toda su vida de este pueblo.

Dibujóse en los labios de Irene una triste sonrisa, y sin hablar ya más, se dirigió á la escalera y empezó á subirla con lentitud.

En el descansillo en que terminaba, se hallaba una puerta abierta: era la del cuarto que ella había habitado en compañía de su prima.

Irene se detuvo; extendió la cabeza, y apoyada en el marco de la puerta, dirigió una mirada al

interior, escuchando el murmullo de una voz que leía y que reconoció por la del padre Matías.

El cuadro que se ofreció ante sus ojos era digno de un gran pincel.

Al lado del balcón, abierto y entoldado de enredaderas y jazmines, bordaba Avelina: hallábase vestida con un hábito de lana de Nuestra Señora del Carmen, ceñido á su delicado talle por una correa.

Su blanco y puro rostro había adquirido, sin perder nada de su gracia sencilla y pudorosa, una expresión tranquila y casi feliz: era un semblante encantador que aparecía pensativo y á la vez lleno de inocencia.

Su frente de veintiún años, estaba tan blanca, tan pura, tan serena como cuando tenía diez y ocho; lo mismo que entonces, estaba coronada de apretadas trenzas de cabellos oscuros.

Enfrente de ella, el padre Matías leía un poema de Víctor Hugo, en francés; el grueso Palomo se hallaba acostado al lado de la joven, y dormía un sueño apacible, tendido en una alfombrilla de estera de paja, dejando oír de cuando en cuando un resoplido de satisfacción y bienestar.

Los mismos muebles decoraban la estancia que en la época en que la habitaba Irene, y la misma exquisita limpieza resplandecía en ellos. Allí se veía el alto crucifijo de talla obscurecido por los años; las sillas de enea barnizadas de verde; las mesitas con las urnas del Niño Jesús y la Divina

Pastora; el manucordio donde había aprendido música doña Severa y donde el organista había dado lecciones á las dos primas; por allí no había pasado el tiempo: todo estaba lo mismo, no sólo que tres, sino que diez años antes.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Irene á la vista de aquel cuadro apacible y encantador.

Durante algunos instantes, y mientras derramaba su silencioso llanto, escuchó al anciano, que seguía leyendo con el calor de la inspiración y del sentimiento los sublimes concepto del gran poeta.

Hablaba el libro de la pequeñez de la vida y de la grandeza de Dios. La voz del sacerdote parecía mecida en alas de la brisa aromada y ligera de la tarde; hubiérase dicho que subía como un incienso del alma hacia el azulado cielo que se veía por el balcón abierto de par en par; en la campiña y á lo lejos, se divisaban las azuladas y murmurantes aguas del río, que corría dulcemente, fecundando los huertos que bordaban sus márgenes.

Un paso lento sacó á Irene de sus profundas reflexiones: la tía Homobona subía la escalera y se acercó á ella con la escoba en la mano, diciéndole con su gruesa y áspera voz:

—¿Por qué no entra usted?; ¿tiene reparo? ¡No le falta la razón! ¡La verdad, se necesita mucho valor para volver á esta casa! Pero, vaya, ya que ha venido usted, entre y no se quede en la escalera.

Avelina dejó su bordado, se levantó y fué hacia la puerta para ver con quién hablaba la tía Homobona; mas apenas hubo fijado sus ojos en Irene, corrió un temblor violento todo su cuerpo y hubo de apoyarse en la pared para no caer.

—¡Avelina!—exclamó Irene corriendo hacia ella y rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Ahl; perdona mi turbación. No es que no me alegre de todas veras de verte—dijo la joven, recobrada ya;—pero la sorpresa... Entra, entra.

Las dos primas pasaron á la salita, y la recién llegada tomó la mano del padre Matías y la llevó á sus labios.

—Bien venida seas, hija—dijo el anciano:—para los que te queremos, es una alegría el volverte á ver. ¿Estás buena? ¿Qué ha sido de ti en los tres años que hace que te fuiste de nuestro lado?

En tanto que hablaba así el padre Matías, Avelina desataba las cintas del sombrero de su prima y la hacía sentar con las muestras del más tierno cariño.

—¡Y qué!—exclamó Irene asombrada:—¿ni usted, padre mío, ni tú, Avelina, tienen para mí una palabra de reproche! ¡Así me reciben después de mi culpable huída! Yo creí que iban á llenarme de injurias.

—Si has sido culpable, si lo eres todavía, Dios te castigará, aunque yo le he pedido y le pediré

con todo mi corazón que te perdone; á nosotros sólo nos toca darte gracias porque has vuelto á nuestros brazos.

—¿Te quedarás ya con nosotros?—preguntó el sacerdote;—¿te resuelves á vivir aquí? ¿Te ha enseñado el mundo alguna cosa tan amarga que te hace desear el reposo y la soledad?

—¡Dios mío!—exclamó Irene cubriéndose el rostro con las manos,—tanta bondad me confundió más que las más duras recriminaciones. ¡Ah!; ¡si supierais quién soy y cuál ha sido mi vida!

—No queremos saberlo...; sólo queremos amarte y consolarte si sufres—dijo Avelina.—Una pregunta te haré no más: ¿y él?

—No le veo desde hace dos años—respondió Irene.—Se cansó muy pronto de mí...; y ¿cómo no, después de haberte tenido en su pensamiento? Se aburrió de la vida de Madrid y se fué á viajar por el extranjero, de donde acaba de volver... Por mi parte, no he podido olvidarle...; él es el hombre á quien verdaderamente he querido.

La voz de Irene se apagó, sofocada por las lágrimas; pero las enjugó, y prosiguió con acento un poco más firme:

—Me parece que Carlos, en el corto espacio de tiempo que ha viajado, ha envejecido diez años: está pálido y como abatido por un cansancio profundo de la vida; la muerte de su madre, á la que amaba en extremo, ha concluído de abatirle... He procurado verle y no lo he conseguido.

En cuanto á mí, querida prima, ya sabes que vendí muy pronto la hacienda que me dejó nuestra buena tía; luego he vivido de una manera que no me atrevo á expresarte: mi nombre es hoy de moda entre los hombres más ricos y más libertinos; he tenido y he disipado varias veces mucho oro. Ya me ves: he adquirido el aspecto de una gran señora, sus maneras y su fausto, que tanto he ambicionado; pero, ¡ay!, detrás de esto, no hay ya nada: ¡ni inocencia, ni fe en el género humano, ni modestia, ni paciencia, ni esperanza, ni aun deseos!

—Aquí despertará todo eso—dijo el religioso mirando á la pobre Irene con una profunda compasión.—¿Por qué fuiste á arrojarte en medio de la tempestad y dejaste el nido materno? Pero ya que vuelves á él, espera hallar lo que dejaste, pues nada ha cambiado para ti: aquí verás los corazones que te amaban; la humilde iglesia en que recibiste por la vez primera el pan celestial; el blanco lecho en que, al amparo de tu tía, dormías tus cándidos sueños. Contempla á Avelina: ¿no lees en su frente la tranquilidad más dulce? Ella no ha dejado ni de amar ni de esperar: aún es una niña inocente.

—Señor—repuso Irene,—yo la admiro y la envidio, pero no puedo imitarla. Ella no ha gustado ese veneno que el mundo destila en las venas y que hace desearlo siempre; ella conserva lo que es necesario para vivir dichosa en la soledad: la

inocencia y la fe. Yo nada de esto tengo ya; yo sería aquí vituperada, despreciada, escarnecida, y no tengo valor para arrostrar la reprobación general, aunque la he merecido.

—¡Y qué!; ¿te vas?—preguntó Avelina con tristeza.

—Sí, ahora mismo; ya he satisfecho el vehemente deseo que me asaltó de ver los lugares donde nací y de verte á ti, mi amiga de la infancia. Ahora, ¡adiós!; el dulce recuerdo de tu virtud me acompañará donde quiera que me halle. Pero me vuelvo al mundo, porque no podría vivir en esta soledad. Cuando vea cercana la muerte, quizá volveré á buscarte para descansar en este retirado cementerio al lado de mis padres.

Antes de que Avelina tuviera lugar de responderle, la abrazó Irene; pero al ir á tomar, para besarla, la mano del padre Matías, éste la retiró y le dijo severamente:

—¿Dejas de nuevo este asilo seguro por las tempestades y los peligros del mundo? Pues el Señor lo ha dicho: El que ama el peligro perecerá en él. Quédate á nuestro lado—prosiguió, dulcificando su acento;—quédate aquí, hija mía; arrostra la vergüenza que has merecido, y si han dejado de estimarte culpable, te compadecerán arrepentida.

—¡La compasión de estas gentes!; ¡jamás, jamás!—exclamó Irene.—¡Adiós, padre mío! Mi fortaleza no llega á tanto.

Dichas estas palabras, se lanzó fuera de la habitación, bajó la escalera precipitadamente, y bien pronto vieron perderse su carruaje el padre Matías y Avelina, que le siguieron con una triste mirada.

XIX

Aún pasó otro año rezando y esperando el padre Matías; rezando y haciendo mucho bien Avelina, pero ya sin esperar nada.

Al fin de él, recibió ésta una carta de Irene, que le escribía cada dos ó tres meses; el último párrafo decía así:

«La casa del banquero Montereal ha quebrado; era cosa que debía esperarse de las locuras de su dueño. La ley ha embargado hasta el mobiliario de las casas que tenía aquí y en París, y Carlos se ha quedado reducido á la miseria. Nadie le compadece, porque todos dicen que su completo descuido en los negocios y sus excesos de todo género le han conducido á esta situación. Ya estamos vengadas de él: yo por haberme hecho dar el primer paso en la senda del mal, tú por haber desgarrado tu corazón con mentiras que creíste, para verlas después convertidas en humo.»

Avelina sintió con esta noticia un agudo dolor; á su pesar, amaba siempre á aquel hombre, ó mejor dicho, su recuerdo, pues á sus ojos había sido sólo una sombra casi fantástica, pero á la que su imaginación había revestido de toda clase de encantos y de atractivos.

Acababa de leer la carta de su prima, cuando entró en su cuarto Petronila, la comerciante en lienzos, toda sofocada.

—Señorita—exclamó,—¿sabe usted lo que sucede? La justicia se ha apoderado del palacio para venderlo. Ya está en la plaza el edicto. ¡Quién había de pensar que aquellos señores tan ricos habían de verse así!... ¡Ah!; ¡si donde parece que hay jamones no hay ni clavos donde colgarlos!

—¡Perder hasta ese último asilo!—murmuró Avelina.—¡Oh! ¡Eso es horrible! ¡Qué les da ese mundo por el que todo lo olvidan, por el que desprecian amor, tranquilidad y virtud? ¡Cuánto diera ahora por ser rica! Yo compraría esa casa y se la devolvería.

Petronila ya no oía estas palabras: había salido para hablar con la tía Homobona del acontecimiento que preocupaba á toda la villa.

—¡Tomal—dijo detrás de la joven la voz del padre Matías.

Avelina se volvió; el religioso la había oído: estaba allí como su ángel bueno, y le presentaba un pliego que ella tomó temblando.

—Poco antes de morir tu tía—dijo el sacerdote,—me dió este pliego cerrado y me dijo: «Si mi sobrina se ve alguna vez en una extrema necesidad de dinero, á causa de alguna enfermedad que agote sus recursos, ó por otro motivo, déle usted este escrito.» Ahí le tienes, hija mía: quizá hallarás en él medios para seguir los impulsos de

tu corazón; éste ha sufrido mucho y necesita algún consuelo.

La joven temblaba tanto, que alargó el pliego al padre Matías para que lo abriese él, lo que verificó al instante.

Bajo la cubierta, apareció un papel doblado, en el que sólo había escritos algunos renglones con la letra gruesa y redonda de doña Severa. Decían así:

«En el antiguo buró colocado á la cabecera de mi lecho, y abriéndole hacia la izquierda, hay un resorte que consiste en un botón negro; oprimiéndole, sale un cajoncito que contiene treinta mil pesos en monedas de oro: ese dinero es para ti, puesto que lo necesitas, sobrina mía. El notario tiene otro pliego cerrado, en el que le aviso que, en el caso de morir tú sin hacer uso de ese dinero, lo emplee en el socorro de los pobres; si tú lo necesitas, particípaselo para que inutilice dicho pliego.»

—¡Corramos!—exclamó Avelina.—Dentro de dos horas es la subasta. Abramos, padre, ese cajón... ¡Ah!; ¡bendita sea mi buena tía!